



Azulejos

RODOLFO OTERO

El signo del Sol II

El Señor de las Sombras



Desde 1869

Estrada
apoyando la educación



RODOLFO OTERO

EL SIGNO DEL SOL II

El Señor de las Sombras

Ilustraciones de Candelaria Carballo

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A.

Edición: Gabriela Comte

Actividades: Agustín Cosovschi

Corrección: Pablo Palacios

Realización gráfica: Sophie Duvall

Jefe del Departamento de Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

RODOLFO OTERO

EL SIGNO DEL SOL II

El Señor de las Sombras

Otero, Rodolfo N.

El signo del sol II : el señor de las sombras. - 1a ed. 1a reimp. -

Boulogne : Estrada, 2015.

160 p. ; 19 x 14 cm - (Azulejos; 55)

ISBN 978-950-01-1303-8

1. Narrativa Infantil Argentina. I. Título.

CDD A863.928 2



Colección Azulejos **55**

© Editorial Estrada S. A., 2011.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1303-8

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Rodolfo Otero nació el 21 de diciembre de 1949, en Buenos Aires, donde sigue viviendo hoy. Su padre era aviador y su madre, maestra, lo que quizás explique dos de sus principales características: su tendencia a volar (más que nada con la imaginación) y su preocupación por los chicos.



Es el mayor de tres hermanos y cursó la primaria y la secundaria en la ciudad de Buenos Aires, excepto algunos intervalos en Villa Mercedes, en San Luis, y en Montevideo. Luego estudió abogacía y se recibió de abogado, pero dejó la profesión para dedicarse a sus tres pasiones: la literatura, el cine y la docencia.

Tiene publicadas las novelas *Milla Loncó* (Premio Robin Hood 1983), *La travesía* (Accésit al Premio Lazarillo 1983), *El secreto del torreón negro*, *Una de dos*, *Un viaje muy espacial*, *El camino de Santa Fe* y *La estrella peregrina*, que fue traducida al italiano. Su cuento “El color que faltaba” apareció en el libro *Piolín de barrilete*, que reúne relatos de varios autores.

Ganó dos concursos de guiones cinematográficos con las versiones originales de *La travesía* y *El verano del potro*, que fue llevada al cine con las actuaciones de Héctor Alterio y China Zorrilla.

Ha dirigido cortometrajes y videos educativos, y organizó talleres de cine en escuelas. También fue jurado en festivales internacionales de cine para chicos.

Actualmente está a cargo de las cátedras de Guión en la Universidad del Cine y de Guión e Historia del cine en la Escuela Profesional de Cinematografía.

En la colección Azulejos se han publicado ya sus novelas *Milla Loncó*, *El verano del potro*, *Los paleolocos* y la primera parte de *El signo del Sol. La princesa dormida*.

La obra

Esta segunda parte de *El signo del Sol* propone completar la historia que se inició en *La princesa dormida* y lleva la aventura de sus protagonistas hasta su desenlace definitivo.

Es decir que conviene haber leído antes la primera parte. De hecho, las dos conforman un solo libro que en su momento decidimos dividir en dos.

Aquí entonces vamos a compartir las nuevas aventuras de Mariana, Pedro, Pablo y Juan, ahora en compañía de Cecilia, hasta el enfrentamiento final con el Señor de las Sombras. También reaparecen algunos personajes que tuvieron participación en el libro anterior (como el Bardo, el Lobo y Lix, entre otros), y personajes nuevos, muchos de los cuales integran una nueva serie de seres mitológicos. La primera parte de la historia se nutría de los cuentos y leyendas europeos. Aquí nos vamos a encontrar también con seres surgidos de la imaginación de culturas con raíces en África, Asia y América.

También adelanté en la introducción a *El signo del Sol I* que dos de las aventuras fueron concebidas inicialmente como argumentos independientes que no llegué a completar. Durante el proceso de elaboración de esta novela decidí que esos relatos inconclusos bien podían convertirse en episodios de la saga de los cinco compañeros, y así fue como esos esbozos cobraron nueva vida dentro de esta narración.

Reitero mi agradecimiento a los autores y cineastas que inspiraron la novela. Y les agradezco también especialmente a todos los chicos que, habiendo leído la primera parte, me preguntaban cuándo iba a salir la conclusión.

En fin, aquí está. Esperando nuevamente que sigan reconociendo en esta aventura sus propios sueños y fantasías, y que hoy más que nunca sigan creyendo que vale la pena ser fieles a la justicia, la amistad y la compasión.

21

REMANSO

A Máximo, Lucía, Mateo y Catalina.

Esa noche ninguno durmió: las emociones vividas nos habían quitado el sueño. Y además Cecilia tenía que ponerse al tanto de lo que había pasado desde su encantamiento, así que hubo mucho que contar.

Fue muy divertido, porque nos turnamos y cada uno lo relató a su manera: Silvana y Max en verso, que es como las hadas narran sus historias; y Nomeolvides, cuando le tocó, improvisando una canción. El sol nos sorprendió reunidos, y digo nos sorprendió con propiedad, ya que la Torre Tenebrosa no lo había recibido por décadas. Entonces nos percatamos de que la nube negra había desaparecido.

Tuve un presentimiento; lo dije, y corrí a una torre para confirmarlo. Los demás me siguieron.

No me había equivocado. Las voces que llegaban desde el bosque eran muy diferentes: los árboles se habían enderezado; donde antes había yuyos y ortigas se veían rosales y madreselvas. Los animales ya no se escondían, y en el prado frente a la fortaleza nuestros caballos y la gama de Silvana pastaban tranquilamente. Más tarde los utilizamos para arrastrar el dragón hasta el foso, donde los peces deben haberse dado un banquete memorable.

Antes de eso, Cristóbal usó un poco de sangre de dragón para cerrar una herida en el hombro. Más bien la cauterizó, ya que como les dije la sangre del monstruo ardía como fuego. El buen gigante ni siquiera pestañeó.

En el bosque, los hombres-máquina de patrulla yacían desconectados. Tal vez la desaparición de la bruja, o la de Molok, había producido ese efecto.

Tampoco hubo trolls de qué disponer: los que no había devorado el dragón habían puesto pies en polvorosa, y ya estarían a mundos de allí. Lo mismo que Lix, Gob y Hob: encontramos tres huellas de pies— o patas— de duendes perdiéndose en el bosque. Dos eran paralelas, la otra se desviaba. Por lo visto, habían vuelto a pelearse.

Acampamos un día más frente al castillo. Nadie quería pasar otro minuto ahí adentro, y el clima ahora era tan agradable que se podía dormir al sereno.

Teníamos que reponer fuerzas y decidir qué hacer. Esa noche el abuelo apareció en mis sueños y los de Mariana. Además de congratularnos por el final de nuestra primera aventura y reiterarnos su amor, nos dijo que ya no debíamos volver al Bosque Umbrío. El había tenido que partir en una misión propia, que convenía mantener en secreto por nuestra seguridad. Aseveró que volveríamos a encontrarnos. En cuanto a Cecilia y la segunda misión, nos dijo que ella nos guiaría cuando llegara el tiempo.

Es que cuando le preguntamos por el talismán, todo lo que Cecilia pudo decirnos fue que lo había visto frecuentemente en su largo sueño, y que se llegaba a él a través de una montaña.

También había soñado con nosotros —especialmente con Pedro— y sabía que los cinco estábamos relacionados con el Signo del Sol, pero aún no sabía cómo.

Al segundo día el anhelo de partir se había hecho común.

Rodrigo y Silvana nos reunieron a los cinco chicos y nos dijeron que deseaban que fuéramos a vivir con ellos hasta que llegara el

momento de la segunda misión. No nos habrían podido proponer nada mejor. La respuesta fue unánime, simultánea y entusiasta. Cristóbal, claro, viajaría con nosotros al sur.

Pero había llegado el momento de otro adiós. Max, Olavo y Nomeolvides debían regresar a su Floresta Encantada, donde iban a permanecer ocultos con los suyos hasta que la Luz quedara asegurada.

Max, como siempre, convirtió la despedida en un chiste, y Olavo intentó ocultar su emoción bajo cierta formalidad. Saludaron con respeto a Rodrigo y Cristóbal y con veneración a Silvana, a quien seguían considerando su reina.

Olavo saludó a las chicas con una reverencia, como a Silvana, y a los chicos con una inclinación, como a los guerreros. Max en cambio besó a las chicas en la nariz, y sus abrazos a Pedro y Pablo terminaron en cosquillas. Entonces los dos se enfrentaron conmigo.

Los ojos del rudo Olavo se humedecieron, lo que no me sorprendió en lo más mínimo, ya que era tierno como un pan. En cambio me admiré de encontrar las mismas gotitas en los de Max. Los dos me abrazaron, y cada uno me tiró de una oreja.

¿Yo? Lloré a baldes, como se imaginarán.

Y en cuanto a Nomeolvides... Revoloteó alrededor de todos, especialmente de Silvana, tintineando y cantando la despedida de las hadas. Por fin llegó hasta mí, sacudió las alitas y me bañó en polvillo mágico.

Entonces se posó en mi hombro y me dijo al oído:

—Juan, tú tienes el Don. Cada vez que me recuerdes, estaré contigo. Así que... ¡no me olvides!

No hay peligro de que eso suceda.

Me quedé mirándolos hasta que el bosque me los robó. Sus

voces me acompañaron largo tiempo. Sé que encontraré sus sentimientos cuando quiera. Y sus imágenes vivirán siempre conmigo.

El camino a las cabañas frente al mar se pobló de relatos y canciones. Cristóbal desafinaba como un oso (si los osos cantaran), pero a nadie le importó.

Llegamos al atardecer del segundo día. Berta nos esperaba con fuentes de buñuelos: las gaviotas le habían anunciado que veníamos.

El mes que siguió fue el mejor que puedo recordar. Un mes de baños de mar, cabalgatas en la playa, juegos y charlas en la arena bajo el sol del verano nuevo. Un mes en el que los cinco nos sentimos hijos de un hombre y una mujer que querían sentirse padres, y hasta ganamos una pareja de tíos postizos.

Cristóbal, que era un buen marino, nos enseñó a navegar; en poco tiempo los cinco pudimos tripular un velerito suyo. Pedro y Pablo, para variar, fueron los más entusiastas. Les encantaba izar las velas, manejar el timón, trepar al mástil y recibir el viento salado en la cara.

Berta, por su parte, mejoró nuestra educación culinaria. Pablo y Pedro eran bastante negados para la cocina; en cambio Mariana, acostumbrada a preparar guisos y fórmulas mágicas, produjo algunos descubrimientos como para chuparse los dedos. En cambio, nadie se ofrecía a lavar los platos. Menos mal que la mamá de nuestra familia adoptiva había sido hada y una de las hijas era medio maga. Bastaba con un poquito de telequinesia¹.

En esos días todos aprendimos a conocer a Cecilia. Pedro y Pablo ya eran nuestros hermanos. Pero ella era realmente muy especial. Desde el primer día sentimos que la habíamos conocido siem-

.....
¹ Telequinesia: este término se refiere al fenómeno de desplazarse los objetos sin causa física observable, por lo general por la voluntad mental de alguien.



pre. Y si nos había parecido linda cuando la vimos dormida, con los ojos abiertos lo era mucho más. Tenían el color azul profundo del mar. Un fuego singular los avivaba, como a los de Silvana. Un brillo que parecía reflejar lo mejor de la persona que la acompañaba para devolverlo, haciéndola sentir capaz de las acciones más arriesgadas, de los impulsos más generosos. Así se sentían Pedro y Pablo con ella, y, para qué negarlo, yo también.

En cuanto a Mariana, ella y Cecilia fueron inseparables desde el primer momento. Las dos necesitaban desesperadamente otra chica con quien compartir secretos y chismosear sobre los varones. Cecilia, que desde luego estaba dotada para la Visión, quería aprender magia; y Mariana era una maestra nata. Así que pasaban horas practicando dones, ensayando encantamientos, conversando con las gaviotas y escuchando las voces del mar y el viento. Tenían a Silvana para consultar, y no perdieron ocasión. En esos días las dos pasaron por un cambio en sus cuerpos que también es mágico y que también Silvana supo explicarles.

Pero la persona con quien Cecilia tuvo una relación más profunda fue, desde el primer momento, Pedro. El rostro de Pedro fue el primero que vio al despertar, y los dos recordaban con emoción aquel primer beso. Aunque en esos días no se animaban a repetirlo, los dos solían pasar mucho tiempo juntos en la playa. A veces, Pablo y Mariana les proponían ir al mar; ellos les contestaban que no tenían muchas ganas. Entonces sus amigos los miraban con cara de buen entendedor y no insistían.

En esos casos Pablo y Mariana no podían reprimir ciertos celos. Pero se guardaban muy bien de demostrarlo.

La competencia entre Pedro y Pablo también resurgió, si bien amistosa, a partir de su relación con Rodrigo. Los dos querían ser el

que mejor asimilara cómo manejar a su caballo, y se esforzaban por superarse uno al otro corriendo, saltando, nadando, luchando o jugando a la pelota, si Rodrigo estaba presente. Él nunca ponderaba a uno en presencia del otro, a menos que el elogio fuera para los dos o que naciera del otro chico. Le pidieron que les enseñara a manejar mejor la espada, pero Rodrigo lo postergaba. Se dieron cuenta de que por el momento el paladín quería olvidarse de todo lo que tuviera que ver con guerras o combates, y dejaron de insistir.

¿Qué hice yo? Nada. Y todo. Jugué con mi hermana de sangre y mis hermanos de espíritu, me dejé querer por mis nuevos papás, recibí los sentimientos de todos, traté de darles los míos y conocí los de cada uno. Y al hacerlo, como me había dicho una vez el abuelo, solo pude quererlos.

Y no es que no tuvieran cierto egoísmo. Rodrigo y Silvana vivían prácticamente libres de esa pasión, pero los dos tenían algo más que humano, ella por su origen, él por su iniciación. Nosotros... Bueno, una vez desobedecimos a propósito. Fue una pavada, creo que llegar tarde a comer. Es que queríamos que nos retaran. Extrañábamos eso.

En este planeta, todos lo sabemos tarde o temprano, la felicidad no es permanente. Y nosotros sabíamos que nos esperaba un llamado. Un llamado a aventuras y emociones, que adorábamos, a descubrimientos e invenciones, que nos hacían soñar. Pero también al dolor, a la angustia, a la incertidumbre. Y nadie, ni siquiera el abuelo con su sabiduría, Rodrigo con su fortaleza, Silvana con su ternura, podía librarnos de lo que iba a venir.